LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 11 DE FEBRERO DE 1889 — NUM. 372

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UNA MUJER Á LA MODA, cuadro de A. Simonetti

Que la mujer, sobre todo la mujer bella, ejerce una verdadera soberanía en este mundo, es una verdad tan palmaria que no necesita demostración: Dalila existe siempre entre nosotros, y si no hay Sansones que dejen en sus manos su cabellera, no faltan en cambio Adanes que se presten á ser por ella desplumados.

Simonetti en el bellísimo cuadro que reproducimos ha divulgado la escena que sólo debieron presenciar las dos curiosas amigas, que ocultas tras un biombo se ríen á mandíbula batiente del rendido caballero que busca alivio á sus amorosas cuitas en la correspondencia de desdeñosa beldad. Contempladle humilde, implorando una limosna de cariño y tratando de vislumbrar un destello de esperanza en la burlona sonrisa de la señora de sus pensamientos. Quizás el infeliz enamorado no dobló nunca su cerviz ante los poderosos y sin embargo arrástrase servilmente por conseguir un ligero favor de una débil mujer. ¡Oh poder de la belleza! como dijo el poeta.

Pero esta belleza á su vez obedece á otra soberana que como á esclava la trata. ¿Lo dudáis, por ventura? Pues bien, penetrad en su tocador (aunque sea una indiscreción mayúscula), y la veréis afanarse dando tortura á su talle, violentando su ondeada cabellera, amortiguando el natural carmín de su tez con artificial blancura ó afeándolo con el repugnante colorete; y todo esto y mucho más ¿por qué? Porque hay una reina despótica cuyas leyes extravagantes las más de las veces y contrarias á la naturaleza casi siempre le es forzoso sufrir; y esta reina absoluta cuyos fallos no tienen apelación y cuyos decretos han de cumplirse so pena de incurrir en la *infamante* calificación de *cursi*, es la MODA.

¿Romperá algún día la mujer las cadenas con que ésta la sujeta? Si tal hace, su omnipotencia será terrible, porque es indudable que los dones de la naturaleza pueden más, mucho más, que los artificios hoy impuestos á la belleza por tan caprichosa como tiránica deidad.

QUIEN ESCUCHA SU MAL OYE
cuadro de C. Sartón

El asunto de este cuadro no se distingue por su originalidad, ni es de los que se prestan á una descripción detenida: basta contemplar la posición de su única figura y la expresión afanosa de su semblante para comprender que en el castigo lleva la penitencia, esto es, que su indiscreta curiosidad le hace descubrir cosas que no son de su mayor agrado.

Por lo demas, en el conjunto y en los detalles, el lienzo de Sartón es un trabajo recomendable.

¡DAD, AHORA, TODOS GRACIAS Á DIOS!
(Coral entonado después de la batalla de Leuthen)

De un dibujo del fresco pintado por Arturo Kampf

Cuenta la historia que Federico II de Prusia, con razón apellidado el Grande, abatido y humillado por la derrota que sus ejércitos sufrieron en Kollin, concibió la idea de suicidarse para evitar el deshonor y sobre todo el ridículo que Europa entera había de hacer pesar sobre él; pero á fuer de caballero quiso morir como un héroe y arengando á sus tropas atacó en Rossbach á los ejércitos de Francia y del Imperio obteniendo una brillante victoria en donde pensaba hallar solo gloriosa muerte. Más adelante en Leuthen, con 35 000 hombres derrotó á 60 000 austriacos haciéndoles 21 000 prisioneros, tomándoles 104 cañones y rescatando 6 000 desertores.

Arturo Kampf, el artista que tanta fama conquistó en la última Exposición de Bellas Artes de Berlín con su «Ultima confesión», ha producido la conmovedora escena del ejército vencedor en dicha batalla dando las gracias al Todopoderoso y entonando el famoso coral que dice: «Dad, ahora, las gracias con el corazón, con los labios y con las manos á Dios cuyas grandezas se manifiestan en nosotros y se extienden por todos los ámbitos del mundo!»

EL TESTAMENTO, cuadro de L. Bokelmann

La escena que Bokelmann presenta en su hermoso cuadro es indudablemente la situación culminante de uno de esos dramas de familia



UNA MUJER Á LA MODA, cuadro de A. Simonetti

que tienen por base un casamiento desigual y un cúmulo de interesadas intrigas.

Una joven, rica heredera, ha contraído matrimonio á disgusto de su padre que por exceso de cariño, consideró no ser bastante el amor de un joven honrado, aunque de posición modesta, para la felicidad de su adorada hija. Contrariado en sus deseos, no quiso más trato con quien tan mal pagara sus cariñosos desvelos; pero bien pronto la tristeza fué minando su existencia y presintiendo un fin próximo hubo de llamar á un notario que diese fe de su voluntad postrera, en la que iba envuelta la palabra desheredación, inspirada, más que en el propio impulso, en las intrigas y sugestiones de unos parientes que pensaron explotar en su provecho la situación de ánimo del infeliz anciano. Mas he aquí que en el momento supremo, preséntase la acongojada hija, se arrodilla á los pies de su padre é implora de él, no la fortuna, que para nada ambiciona, sino el cariño de que por tanto tiempo se ha visto privada. La estupefacción de las dos damas que en el cuadro figuran demuestra cuán poco propicia para sus planes ha sido esta visita; la actitud del padre indica que no esperaba más que un momento oportuno para pronunciar la frase «¡te perdono!» que escrita llevaba en su corazón desde que se cometió la *culpa*.

A fuer de amantes de lo que pudiéramos llamar neo-romanticismo, queremos suponer que todo acabó bien, es decir: que el testamento se modificó y que el anciano, vuelto á los cuidados de su hija y embelesado con las caricias de sus nietecitos (que medrosos esperan el final de la escena que á su vista se presenta), recobraría la salud del alma y del cuerpo, que nada sana y conserva como el calor de la familia.

OBJETOS DE CERÁMICA Y VIDRIO
del Museo Británico

El departamento destinado en el famoso Museo á la conservación de objetos antiguos pertenecientes á dichas ramas del arte, contiene cierto número de ellos consistentes en pequeños recipientes de elegantes formas y brillante color, análogos á varios de los representados en las páginas de este número. Dáseles el nombre de *alabastra*, *amphoræ*, *œnochoi*, etc., y estaban destinados á contener ungüentos y perfumes del tocador de las damas.

Creíase hasta hace poco tiempo que procedían de Grecia y Roma; pero hoy, con más razón, se los considera de orígen egipcio y fenicio.

Las *alabastra* están copiadas evidentemente de vasijas hechas de alabastro, y sus adornos sinuosos representan con exactitud las vetas naturales de esta piedra, teniendo sus pequeñas asas la misma posición que las de las vasijas de alabastro egipcio, vasijas que se han encontrado entre las reliquias de las primitivas dinastías, y como esto es una prueba de que el arte de la vidriería era ya conocido por los egipcios de aquella época, la antigüedad de algunas de las *alabastra* debe ser sumamente remota. Además, los colores de estos y otros objetos parecidos, especialmente los azules, lapislázuli y turquí así como el encarnado, son positivamente egipcios, y á mayor abundamiento, uno de ellos, conservado en la galería del citado Museo, lleva en una especie de cartela el nombre de *Ra-men-Kheper* ó Tutmosis III, faraón ó rey que vivió hacia el año 1600 a. de J. C.

Otro de nuestros grabados representa uno de los tazones de vidrio multicolor considerados con razón como obras maestras del arte. Naturalmente, son muy pocos en número los ejemplares que existen en toda su integridad, pero los fragmentos que se han encontrado en los sitios donde estuvieron las antiguas ciudades, son muchos y atestiguan la extraordinaria variedad así como el esplendor de los matices de estos preciosos objetos. Varios de dichos tazones, lo propio que cierto número de copas y pateras de la misma construcción, imitan diferentes clases de piedras preciosas, como calcedonias, ágatas, ópalos, etc., y otros presentan acertadas combinaciones de múltiples colores, conocidos con el nombre de *mille fiori*.

Por lo que respecta á los jarros, que en dicha galería son numerosos, uno de los que llaman con justicia la atención por su elegancia, originalidad de su adorno y perfecto estado de conservación, es el representado en la última figura, encontrado en esa tierra de Egipto, tan pródiga en curiosidades de remotísimas épocas, y especialmente en objetos de arte, que estudian con tanto afán como provecho los modernos artistas é industriales.

¡RECUERDOS! cuadro de Enrique Rasch.

Pasó el verano y el otoño llena el cielo de plomizas nubes, el aire de húmedos vapores y la tierra de melancólicos matices, convidando á la meditación y á los tristes recuerdos.

Caída más que sentada en rústico banco, una joven sueña con la pasada primavera de sus amores; su imaginación le reproduce la sentida escena en que el hombre amado le repetía una y mil veces sus amorosos pensamientos y la envolvía en caricias que inundaban de placer inefable todo su ser; quizás esos mismos árboles en que hoy sólo se agitan á impulsos del viento algunas amarillentas hojas prestaron en otros días más felices su grata sombra á los deliquios de la enamorada pareja.

¡Todo ha muerto al morir la naturaleza! ¡Dichosos los que al trasponer el invierno de su existencia logran renacer en eterna primavera!

CUADROS Y LEYENDAS DE LA HISTORIA DE FRANCIA

I

De cómo se entraba en el palacio de los reyes francos contra la voluntad de la reina

Hilperico, rey de los francos de Soissóns é hijo del feroz Cloter (Clotario, según la forma vulgar), hallábase en su campamento de Montdidier á mediados del año 563. Agradábale la libertad de la vida de los bosques y detestaba esas prisiones á que los hombres corrompidos llaman pomposamente ciudades.

En esto, como en todo lo demás, Hilperico no desmentía la raza de los Merovingios (1).

En general, los reyes francos gustaban de aquella especie de grandes granjas que les recordaban las villas y aldeas de la vieja Germania, patria de la vida libre, que si no es precisamente la libertad, es al menos un paso para acercarse á ella.

El campamento en que hallamos al rey de Soissóns semejábase á todos los que en igual caso se construían por entonces.

La habitación real era extensa pero baja y pesada, casi toda de madera, con pórticos de estilo romano y adornada con esculturas semi-infantiles. En torno de ella estaban las moradas de los funcionarios de la corte, dispuestas con cierto orden, así como también las de los guerreros que formaban la *truste* del rey, esto es, que le habían prestado juramento de fidelidad. Más lejos veíanse otras casas de apariencia humilde, habitadas por diversas familias que vivían á costa del fausto cortesano. Había allí artistas y artesanos de todas clases, desde el platero y el armero hasta el tejedor y el curtidor, y desde el fabricante de ricos bordados de oro y de plata hasta el simple preparador de tejidos de lana y de lino.

Casi todas las familias que vivían de estas industrias eran galas ó galo-romanas, nacidas en aquella parte del suelo que el rey se había reservado en la conquista ó trasportadas á él como colonos. Pero también había allí, á juzgar por los nombres, las fisonomías y los trajes, germanos y francos. Ambas razas empezaban á mezclarse cambiando entre sí aptitudes y defectos, virtudes y vicios. En el campamento de Hilperico las encontramos ya confundidas bajo el nombre común de *lites* (2), en lengua tudesca, ó de *fiscalines*, en lengua latina, esto es, los que dependen del fisco.

Además de los industriales había en esta corte campestre labradores y pastores cuidando de los establos, de la explotación agrícola del terreno vecino, de las caballerizas, etc. Completaban la población los siervos de los reales dominios.

Hilperico acababa de contraer matrimonio con Andowera, princesa de rara hermosura, al extremo de llegar á hacer concebir á algunos la esperanza de que con su amor conseguiría corregirse del fuego devorador de la lujuria que como á su padre y á sus hermanos le corroía las entrañas.

Por aquellos días había recibido ricos presentes de su hermano Hariberto, rey de París. En palacio se pasaba el tiempo en fiestas ruidosas y banquetes interminables.

Llegamos á los postres de uno de ellos. Sentados á la mesa de Hilperico vense muchos condes y gobernadores de las provincias septentrionales de las Galias, jefes de las tribus francas de allende el Rhin, los duques de los Alamanes, de los Baiwares y de los Turingios, etc., etc. Nobles galos, corteses é insinuantes, se codeaban con francos orgullosos y bruscos, vestidos de pieles; verdaderos salvajes de una rudeza espantosa. Cubría la mesa magnífica vajilla de oro cincelado y los vasos estaban adornados con piedras preciosas.

Los comensales formaban grupos, según las simpatías personales ó el interés de lo que se decía en el corrillo, con ese abandono que sigue por lo general al hartazgo de un banquete, cuando las cabezas no están muy firmes y la lengua anda demasiado suelta.

– No lo creáis, – decía Venancio Honorio, romano de espíritu superficial y trato agradable, dirigiéndose á media voz á un grupo de galo-romanos; – no lo creáis; Hilperico volverá á las andadas. Ahora que se ha ausentado y que nadie nos oye, os lo diré con franqueza. Por sus venas corre la sangre de Clotario, el que degolló á sus sobrinos, el asesino de su propio hijo Chram, el que escandalizó al mundo entero teniendo más mujeres que Salomón y casándose al mismo tiempo con dos hermanas. Pasados los primeros momentos de su pasión por Andowera, Hilperico será lo que su padre y sus hermanos; un sátiro.

– No pienso tan mal de él como tú, – replicó Siagrio, patricio riquísimo y pariente del general romano del mismo nombre. – Hijos ha tenido Clotario que no han ido tan lejos como él en el camino del crimen y de la lujuria. Ahí están Gontrám y Sigheberto...

– No continúes, – interrumpió Venancio Honorio, – Sigheberto es todavía niño; cuando sea hombre le juzgaremos. En cuanto á Gontrám, ¿quién ignora que está medio loco? Ya sabéis que, por lo general, afecta una devoción extremada y maneras sacerdotales. Pues bien, á lo mejor se enfurece y entonces no respeta nada. No hace mucho que mandó asesinar á varios hombres libres porque se le perdió un cuerno de caza; después ha hecho degollar á un franco por si mató ó no mató un búfalo en sus dominios. Ya veis que tampoco en él se desmiente la sangre de Clotario.

– Razón tiene el muy sabio Venancio Honorio, – añadió otro de los presentes. – Hartas pruebas lleva dadas Hilperico de su incontinencia. Hay quien dice haberle conocido ya más de treinta amantes y aun me parecen pocas. Y no hablemos de Hariberto, porque entonces sería cosa de no acabar nunca. No contento con su mujer Ingobergha y con las muchas otras que como concubinas habitan en palacio, ahí le tenéis enamorado al mismo tiempo de las dos hermanas Markowefa y Merofleda y dispuesto á casarse con las dos á imitación de su padre.

Iban sin duda á continuar en su murmuración aquellos cortesanos á quienes prestaba confianza para hablar de este modo el no haberse acercado al grupo ningún franco, y valor para descubrir con tal aspereza los vicios de sus príncipes el odio de raza, cuando el regreso del rey y de la reina con los que les habían acompañado puso término á la conversación.

No había hecho Hilperico otra cosa que sentarse en el trono y ya se disponía á escuchar una poesía, *alusiva al acto*, como se dice hoy en términos periodísticos, compuesta por Venancio Honorio (3), cuando la entrada en escena de un personaje inesperado dejó admirados á todos, suspenso el acto y turbado al rey.

En la puerta del salón, detenida por el respeto ó esperando una seña que la indicara que podía entrar sin incurrir en la cólera terrible del soberano, estaba una mujer de hermosura incomparable y de tan majestuoso porte que todos la creyeron aparición sobrenatural; tal vez un ángel comisionado por el Eterno para traer la bendición del cielo sobre la cabeza de Hilperico.

Era la aparecida de estatura un poco más que mediana, pero sólo un poco, de suerte que no podía decirse de ella que fuera alta, por más que lo admirablemente proporcionado de su cuerpo la diera un aire tal de superioridad y de elegancia que parecía dominarlo todo. Su tez blanquísima contrastaba admirablemente con lo negro de sus cabellos, sus pestañas y sus ojos. Estos sobre todo tenían cierta divina expresión de serenidad, tras la cual se adivinaba un abismo de misterios, tal vez un infierno de pasiones á duras penas comprimidas.

Hízola el rey seña de que se aproximara y entonces se vió que venía seguida de dos pajes, cada uno de los cuales colocó á los pies del trono un magnífico jarro de oro puro adornado con piedras de gran valor.

Era el regalo que los artesanos, pecheros y siervos de Montdidier hacían á su rey y señor, habiendo elegido para mensajera á la más hermosa joven de la ciudad, la incomparable Fredegunda, hija de un pobre menestral á la sazón habitante en el campamento (4).

Todos los demonios de la sensualidad que hacía apenas unas cuantas semanas se habían dormido en el más oscuro rincón del alma tenebrosa de Hilperico, despertaron de repente al aparecer Fredegunda, como á impulsos de un conjuro.

– ¿Quién eres tú, muchacha? – exclamó dirigiéndose á la gentil embajadora con aquel tono que le era peculiar cuando la pasión le dominaba y con aquella desenvuelta familiaridad característica de los bárbaros.

– Me llamo Fredegunda, y soy hija de Briario el armero.

– Poco me importa el nombre de tu padre. Me agradas y desde hoy quedas al servicio de la reina.

Esta que palideciera ligeramente al principio, habíase ido demudando cada vez más hasta estar completamente lívida en el momento en que Hilperico pronunciaba las anteriores palabras.

Había comprendido su situación. Desde aquel momento no era ella en la corte de Hilperico sino lo que Ingondа había sido en la de Clotario é Ingobergha era en la de Hariberto: una amante más y la menos querida de todas.

En la asamblea reinaba un silencio respetuoso, pero en el que no se traslucía la sorpresa ni la admiración.

Aquel espectáculo era frecuentísimo en la corte de los reyes francos, y el que menos de los presentes había presenciado escenas semejantes y otras infinitamente peores diez veces.

– Señor, – dijo Andowera, – aun á riesgo de incurrir en el enojo de mi rey, quisiera pedirle un favor. No pongáis esa mujer á mi servicio. Es hija de un *lite* vuestro y además dícese que tiene pacto con el diablo. Me da miedo.

Fredegunda que no esperaba ser rechazada de modo tan humillante en presencia de toda la corte y menos aún oir que se formulaba contra ella una acusación de hechicería que podía conducirla á la hoguera, Fredegunda que se hallaba poseída de una soberbia satánica, retrocedió un poco y lanzó á la reina una mirada terrible en la que iba envuelto un reto.

Hilperico miró con asombro á su mujer, como no atreviéndose á comprender que hubiese quién se le opusiese así, en presencia de su corte, y después, soltando una carcajada en la cual se sentía vibrar la cólera del franco contrariado en sus dos pasiones dominantes, la soberbia y la lujuria, exclamó:

---

(1) La mayor parte de los autores suponen la denominación de *Merovingios* derivada del nombre de *Meroveo*, jefe más ó menos auténtico de una tribu franca. Tal creencia es errónea. Encuéntranse vestigios de *Merovingios* antes de *Meroveo*, y parece que esta familia era dilatadísima y no perteneció á una sola tribu franca sino á la raza entera. La verdadera forma germánica es *Merowigius*.

En cuanto á Hilperico, debemos advertir que la forma germánica de su nombre es *Hilprik*, de donde los cronistas hicieron *Chilperico*.

(2) El *lite* era un germano de la última condición social, al cual se obligaba á cultivar los dominios de la clase guerrera. Agustín Thierry, en sus *Lettres sur l'Histoire de France*, emite la opinión de que esta especie de siervo pertenecía á otra raza distinta de la teutónica y sometida por ella siglos antes. El romano libre y propietario era equiparado al *lite* en el *wergheld* ó precio del hombre, indemnización á pagar en caso de asesinato.

(3) Venancio Honorio Clemenciano Fortunato, es, como todos los que figuran en esta narración, un personaje rigurosamente histórico. Recomendado al rey Sigheberto por los obispos y condes de Austrasia, obtuvo en la corte de Metz tan generosa hospitalidad que creyó no poder responder á ella sino consagrando su talento poético á su protector Sigheberto.

Su nombre va unido al único episodio romántico de esta época tenebrosa y sangrienta. En uno de sus viajes por las Galias visitó el monasterio de Poitiers, y allí encontró á la desdichada Rodogunda, víctima de Clotario, padre de Hilperico. Ésta y la abadesa del convento, la madre Inés, le obsequiaron con toda clase de finezas como á un ilustre viajero que era. Fortunato respondió á estos obsequios con cuantos rendimientos y galanterías le sugería su espíritu delicado. Estrecháronse las relaciones entre los tres, estableciéndose tan íntimo comercio de ideas y sentimientos, que cuando Fortunato quiso partir, las dos mujeres le dijeron: «¿Partir? ¿Para qué? ¿Por qué no os quedáis entre nosotras?» Y el patricio romano se retiró del mundo, convirtióse en sacerdote de la metropolitana de Poitiers, y continuó haciendo con aquellas dos santas mujeres vida puramente espiritual, sin mezcla alguna de apetitos carnales.

(4) Fredegunda era realmente hija de un franco *lite* del rey Hilperico. Pertenecía, pues, á la clase social más ínfima de su raza.

– Harás en esto y en todo lo que mande. Soy el rey y no me gusta que haya más voluntad que la mía.

Y diciendo esto, volvió las espaldas á Andowera y se retiró tranquilamente á sus habitaciones.

De esta manera tan triste terminaron las últimas fiestas de la luna de miel de Hilperico y Andowera, y entró en el palacio de los reyes de Soissóns la terrible Fredegunda, que había de inundarlo de sangre.

II

En el que Fredegunda se venga y sube al trono de los francos.

Todas las tropas de Hilperico se hallaban dispuestas para partir.

Su hermano Sigheberto, rey de Metz, había sido atacado por los pueblos de la confederación sajona y era necesario acudir en su auxilio. La victoria de los sajones hubiera sido la señal de una invasión de los pueblos de allende el Rhin, esto es, la total destrucción de los francos.

Los que se salvasen de manos del vencedor quedarían reducidos á esclavitud. Esperábales peor suerte que la que ellos habían dado á los romanos.

Clodowig (el Clodoveo de los cronistas) había escarmentado ya á los alemanes en la sangrienta batalla de Tolbiac, pero la división del imperio franco á la muerte de Cloter les daba nuevos alientos, aumentados por la profunda división que existía entre los hijos del vencedor.

La lucha estaba entablada entre dos razas, y tenía que ser, como todas las de esta clase, á muerte.

He aquí por qué Hilperico acudía en socorro de su hermano menor Sigheberto.

Todos los *Heri-zoghe* (voz teutónica que significa algo así como conductor del ejército) con sus hombres de armas habían acudido al llamamiento del rey.

Nada tan imponente como el aspecto de aquellos guerreros cuya impetuosidad era proverbial entre todos los pueblos con quienes habían tenido ocasión de encontrarse en los campos de batalla.

Sus cabellos larguísimos y de un rubio rojizo, levantados y atados en lo más alto del cráneo, formaban sobre él una suerte de penacho, cayendo después hacia atrás sueltos y esparcidos como la cola de un caballo. Llevaban el rostro completamente afeitado á excepción de dos largos mostachos que pendían de ambos lados de la boca. En vez del traje ancho y flotante de los romanos y galo-romanos, usaban ropas ceñidas al tronco del cuerpo y á los miembros. Su arma favorita era un hacha de dos filos, gruesa y de muy corto mango, llamada *francisca* (de *frank-franc*). Empleaban, además, un arma arrojadiza á la que denominaban *hang*. Era una pica de mediana longitud y que podía utilizarse tanto de cerca como de lejos. La punta era larga y fuerte y estaba armada con una serie de ganchos cortantes y curvos en forma de arpón. Protegíala, además, en casi toda su extensión, una cubierta de hierro para impedir que se quebrase ó fuese partida á cuchilladas.

Comenzaban la batalla arrojando el hacha al rostro ó al escudo del enemigo, con tal acierto, que era rarísimo que erraran el golpe. Después se servían del *hang* para clavarlo en el escudo de aquél, y como era imposible desprenderlo, quedaba su extremidad libre arrastrando por el suelo. Entonces el franco dueño del arma apoyaba sobre ella un pie haciendo fuerza con todo el peso de su cuerpo y obligando al adversario á bajar el escudo descubriendo la cabeza y el pecho. Algunas veces ataban una cuerda al *hang* y tirando de ella uno ó más soldados atraían hacia sí ora un escudo, ora un guerrero sujeto por su armadura.

La parte débil del ejército franco hasta la época de Hilperico había sido la desigualdad del armamento. Sólo la guardia real había usado caballos y lanzas á la romana. La masa del ejército no llevaba casi ninguna arma defensiva, combatiendo la mayor parte sin casco. Poquísimos tenían arco y honda. El *hang* y la *francisca* (frankisk) eran las únicas armas de que todos iban prevenidos.

Pero todo lo suplieron los francos con su furia en el ataque y su ferocidad después de él.

En esto último excedieron á cuantos pueblos se establecieron en los dominios del imperio romano.

Todos tenían confianza en la victoria. Se sabía que Sigheberto disponía de gran número de soldados y que era grande su pericia militar.

Hilperico que se había reconciliado con Andowera, mejor dicho, que no había podido sustraerse á la influencia de su dulce carácter y de su claro entendimiento, despidióse de ella no sin pena. Aun cuando valiente y más que valiente, feroz, sentía quizás abandonar las dulzuras del amor por los azares de la guerra.

Andowera iba á ser madre y con este motivo debían celebrarse espléndidas fiestas á las que Hilperico deseaba asistir.

Fredegunda ocupaba al lado de la reina el puesto que Hilperico le había señalado. Era aquella mujer singular, tan maestra en el arte del disimulo y conocía tan á fondo el de dominar los corazones, que pronto se hizo dueña del de la reina.



QUIEN ESCUCHA SU MAL OYE, cuadro de C. Sartón

Llegó á ser su dama de confianza.

Andowera que la había temido, la estimaba en mucho. Su recato, el cuidado que ponía en evitar todo encuentro con el rey habían disipado todos sus recelos. Quería á Fredegunda como á una hermana y se complacía en recorrer con ella los bosques de Braine y de Montdidier ó en escuchar de sus labios durante las largas noches de invierno extrañas leyendas de brujas y encantamientos ó historias guerreras del gusto de la época, para todo lo cual tenía la astuta dama una habilidad infinita.

Cuando Andowera dió á luz, ocurrióle una duda. ¿Bautizaría á su hija en ausencia del padre? Hilperico le había manifestado el más vivo deseo de asistir á aquella solemnidad y dado su carácter violento y caprichoso era de esperar algún arranque de cólera si no se le complacía. Pero al propio tiempo se ponía en peligro la salvación eterna del nuevo vástago que podía morir sin recibir las aguas redentoras del bautismo.

La situación de la pobre madre era difícil.

Hilperico podía irritarse, é irritado Hilperico era seguro que haría una víctima.

Todos los historiadores están conformes en pintarnos su carácter con los colores más sombríos.

Era feroz, avaro, lujurioso y voraz. Poseía los vicios brutales de su padre, con refinamientos de romano y pretensiones de hombre docto. En teología se creía un sabio.

Parecióle absurdo el dogma de la Trinidad y quiso aclararlo por un decreto en el cual disponía que en lo sucesivo no hubiera *tres personas en una* sino una solamente y que en esta forma se la adorara.

Imagínese la cólera y la santa indignación de los obispos.

En una palabra, Hilperico no había respetado nada, ni humano ni divino.

Era de temer por lo tanto que no respetara á su mujer, si ésta le desagradaba en algo.

Andowera resolvió consultar á Fredegunda.

– Señora, le dijo ésta, ¿cómo podrá ver con satisfacción el rey mi señor á su hija cuando vuelva victorioso, si no está bautizada (1)?

– Tienes razón como siempre, Fredegunda, dijo la reina, y voy á poner en práctica tu consejo.

Fredegunda preparó entonces las cosas para conseguir su doble propósito: vengarse de la reina y satisfacer su ambición.

(1) *Gesta reg. Francor.*, reproducida por A. Thierry, *Récits des temps merovingiens, Premier récit*, pag. 275. Las palabras de Fredegunda están literalmente traducidas de la *Gesta*.

Necesitaba la complicidad del sacerdote que bautizara á la hija de Andowera.

Bertramm, obispo de Burdeos, bárbaro de origen y dado á todos los vicios, la sirvió de dócil instrumento.

Por una botella de buen vino de Chipre Bertramm hubiera vendido de nuevo á Cristo si le hallara en el mundo. Fué en esta ocasión cómplice de Fredegunda por primera vez. Desde entonces quedó como unido á ella y sus nombres aparecen confundidos en una larga historia de adulterios y asesinatos.

El día del bautizo, á la hora indicada para la ceremonia, el bautisterio apareció ricamente adornado con guirnaldas. El obispo, revestido ya de sus hábitos pontificales, esperaba. Toda la corte se hallaba presente.

Sólo la noble dama franca que había de servir de madrina no llegaba.

Se la esperó en vano más de una hora.

La reina vivamente disgustada por este contratiempo no sabía qué resolución adoptar.

Entonces Fredegunda que estaba á su lado, le habló de esta manera:

– ¿Qué necesidad tenéis de madrina, reina mía? No hay dama que merezca el honor de tener en sus brazos á vuestra augusta hija. Si queréis seguir mi consejo, sed vos misma la madrina (2).

Bertramm, lejos de hacer ver á Andowera que esto no era posible y que se faltaba á lo formalmente prescrito por la Iglesia, apoyó á Fredegunda cuanto se lo permitió el estado de embriaguez en que se hallaba.

La reina consintió y la princesa fué bautizada teniendo por madrina á su propia madre.

Pocos días después regresaba Hilperico con su ejército algo disminuído, pero vencedor. Los sajones, sectarios de Odino, se habían batido con aquel valor tenaz de que sólo pudo triunfar por completo Carlomagno, pero los francos sectarios de Cristo habían alcanzado un triunfo completo.

Todas las doncellas del dominio real salieron al encuentro de Hilperico adornadas con guirnaldas y cantando versos en loor suyo.

Al frente de ellas iba la más hermosa de todas: Fredegunda.

– Alabado sea Dios, – dijo adelantándose hacia el rey, – porque ha dado á nuestro señor la victoria sobre sus enemigos y bendito sea mil veces por haberle dado una hija. Pero ¿quién compartirá esta noche el lecho con mi señor? Porque la reina, mi señora, es hoy tu comadre y madrina de tu hija Hideswinda.

Quedóse el rey mirándola de hito en hito y después, con aquel aire zumbón y aquella sonrisa sarcástica á que solía recurrir en las grandes ocasiones, exclamó:

– Pues bien, si no puedo compartir el lecho con la reina, lo compartiré contigo.

En el pórtico de palacio Andowera esperaba á Hilperico rodeada de sus damas y de los dignatarios de palacio y teniendo en brazos á su hija recién nacida.

Apenas vió á su esposo se la presentó con una alegría mezclada de orgullo, que no podía disimular.

Pero el rey, en vez de corresponder á aquel recibimiento, le dijo:

– Mujer, la simpleza de tu espíritu te ha inducido á cometer una acción criminal. Tú ya no puedes ser mi esposa (3).

Y convertido de repente, el reformador de la Trinidad y perseguidor del clero, en rígido observador de las leyes eclesiásticas, desterró á Bertramm y ordenó á Andowera que sin pérdida de tiempo tomara el velo de religiosa en un convento.

La desdichada reina eligió para su retiro un monasterio situado en Mans, pero aun tuvo que detenerse unos días al lado del que fuera su esposo.

Fredegunda ya no tenía prisa de verla salir de la corte. Al contrario, quería hacerla testigo de su triunfo.

En efecto, días después, mientras se celebraban pomposamente las bodas de Fredegunda é Hilperico, salía Andowera sola y olvidada de todos para el monasterio en el que había de perseguirla mucho más terriblemente aún, el odio inextinguible de su antigua camarera.

Mas para la horrible tragedia de Mans así como para los asesinatos de Galeswinta, de Sigheberto, de los hijos de Andowera é Hilperico, de este mismo, de Pretextato obispo de Rouen, y de muchas otras víctimas de esta mujer terrible, no hay ya espacio en este artículo. Sería necesario escribir un libro aunque nos propusiéramos únicamente enumerar los crímenes de Fredegunda, á la cual dejamos en el principio de su sangrienta carrera.

G. REPARÁZ.

(2) *Gesta reg. Francor.* También palabras textuales.

(3) *Gesta reg. Francor.*, t. II, pág. 561. Las palabras atribuídas á todos los personajes que figuran en esta escena están traducidas de dicha *Gesta*.



¡DAD, AHORA, TODOS GRACIAS Á DIOS! Coral entonado después de la batalla de Leuthen (de un dibujo del fresco pintado por Arturo Kampf)



EL TESTAMENTO, cuadro de L. Bokelmann

LA PASANTE

Doña Isabel era el último retoño de una dinastía de maestros de escuela, célebre en la historia de todos los tiempos. Sus padres don Pablo y doña Teresa fueron maestros de escuela; maestros de escuela fueron sus abuelos, sus bisabuelos maestros de escuela, dómine su tatarabuelo y así remontándose de generación en generación, quizá pudiera llegarse á averiguar, que fueron dos las parejas que Dios formó en el sexto día de la creación, una de Adán y Eva que nacieron con ciencia infusa, y otra Eva y otro Adán que nada sabían y que fueron discípulos de los maestros que abrieron su escuela al pie del árbol de la ciencia del bien, del bien solamente, que donde hay ciencia no puede haber mal.

Quizá para que infundiesen respeto á sus discípulos hizo Dios á la primera pareja de maestros, feos, bastante feos, pero no de una fealdad risible, ni mucho menos repugnante, sino grave, respetuosa, pudiera decirse de una fealdad hermosa, si no fuera por el temor de emplear una paradoja inadmisible ó al menos atrevida en demasía. Con el transcurso de los siglos y en virtud de la ley natural de la selección, doña Isabel, si bien conservaba los rasgos de la fealdad característica en su raza, había adquirido mayor hermosura en su fealdad.



CAJITAS DE AFEITE DE ANTIMONIO, DEL ANTIGUO EGIPTO

Fea, muy fea era doña Isabel, pero en su rostro había tanta simpatía, tanto ángel; que los niños, no sólo no huían de ella sino que la buscaban, acariciaban, y besuqueaban, sin duda porque allí veían la verdadera hermosura. El color del rostro de doña Isabel era algo más que moreno, tenía un tinte así, como de cascariquilla de almendra tostada con cierta mezclilla de verde muy subido, su nariz era como un pico de papagayo, su boca grande, de abultados labios y dientes grandes también y amarillos como bolas de billar muy usadas, y con verduras y negruras que bien claramente probaban que ni aun de nombre conocían la existencia de los dentífricos, ni mucho menos la de los cepillos. En su cara había sólo una cosa hermosa: los ojos, pero de una hermosura no de dibujo sino de expresión. Eran grandes sí, pero salientes y teniendo cada uno la forma de medio huevo. Grandes anteojos de cristal muy grueso, á caballo sobre la acaballada nariz corregían el miopismo de aquellos ojos, que lanzaban á través de los cristales rayos de inteligencia, como el sol lanza en días nebulosos, rayos de luz á través de las nubes, que con necio orgullo quieren ocultar su brillantez.

Con tal rostro y un cuerpo flaco y largo sin ninguna de las deliciosas curvas femeninas, parecía doña Isabel un doctor apergaminado y barbilampiño, envuelto constantemente en una falda lisa y negra, que más que traje mujeril parecía la severa toga de un magistrado.

ANFORA DE FONDO VERDE ESMALTADO DE AMARILLO Y AZUL TURQUÍ

El padre de doña Isabel, don Pablo, era un señor de unos sesenta años, que hacía treinta y ocho que tenía una escuela de párvulos en la calle de Pelayo en Madrid.

Isabel había seguido los estudios de maestra elemental y superior, pero no había pagado los derechos del título, porque vender ciencia produce bastante menos que revender patatas ó varas de puntilla.

Doña Teresa hacía poco que había muerto y su viudo y su hija, si no hallaron consuelo para su dolor, ni mucho menos olvido, encontraron cierto lenitivo en sus niños, como ellos los llamaban. Despertando aquellas infantiles inteligencias, enseñándoles los límites de España, refiriéndoles la historia del sacrificio de Abraham y entonando con ellos ciertas canciones de monótono sonsonete, lloraban unas veces recordando á doña Teresa y sonreían otras viendo los progresos que hacía Angelina, discípula predilecta que había sido de aquella buena señora, y que pasó á su muerte á ser el encanto de don Pablo y de doña Isabel, ó la pasante, como las niñas la llamaban, pues tal oficio ejerció cuando doña Teresa vivía y no logró ascender á pesar de que á su madre sustituyó.

Don Pablo desempeña un papel importante en nuestra historia y merece por lo tanto que se le describa.

Figúrate, lector, caso que quieras conocerle, á un viejecillo, bajo y rechonchete, con el pelo completamente blanco, la barba muy fuerte pero siempre afeitada, resaltando sobre su cara roja con tonos azules muy subidos, que recordaba la carne de un pavo recién desplumado. Fuertes y cerdosas cejas sombreaban unos ojillos azules muy claros, alegres y risueños casi siempre, pero severos y capaces de infundir pavor al párvulo más valeroso, cuando su dueño quería. Mal año para el desdichado chicuelo, que por romper un cristal, ó desentonar al cantar: *dos por dos, cuatro; dos por tres seis;* hiciera enarcar las cejas á don Pablo y ahuyentara de sus gruesos labios una sonrisilla, que sentaba en aquella cara, tan á las mil maravillas, como clavel reventón en negro y lustroso pelo de airosa y linda mozuela. Bien podía el infeliz muchacho encomendarse á los santos todos del cielo, pues sabido era, que sin un cachetito en la mejilla y un caramelo ó paciencia no se escapaba. Castigo inquisitorial cuya gravedad aumentaba don Pablo diciendo con voz terrible:

– ¡Carape, con los chiquitos! Sus barrabasadas acaban con mi paciencia y lo que es peor con mis paciencias. Entre cristales y caramelos consumís la mitad de las tres pesetas que me da el Gobierno para que comience á desasnaros. ¡Carape! ¡Carape! ¡Carape!

Hay que advertir, entre paréntesis, aun cuando no se ponga, que *Carape* era la interjección favorita y única de don Pablo.

Hecha esta importante advertencia y puesto que ya son conocidos los personajes principales de esta historia, corresponde ahora que el que la relata, sacando fuerzas de flaqueza y haciendo esfuerzos de memoria describa el lugar de la acción.

Exprimo para ello el poco zumo de mi sesera, pues hace ya muchos años que conocí á don Pablo y visité su escuela y después de masticar unos rabitos de pasa, mi memoria cumple como buena y me representa un salón largo como de unos diez metros, por cinco á cinco y medio de ancho, de alto techo y de ventilación y luz sobradas. En uno de los extremos del salón un entarimado como de un metro de alto al cual se subía por tres escalones; sobre el tablado y en el centro, una ancha mesa, y dos más pequeñas colocadas una á cada lado de la mesa magistral, y la llamo así porque ya se habrá comprendido que era la que ocupaba el maestro. Las mesas pequeñas tenían escritas sobre la tabla de enfrente, una la frase: «Inspector de orden;» otra: «Inspector de clase.» Aquellos elevados puestos sacábanse todas las semanas á oposición y á concurso. La mesilla de «Inspector de clase» la ocupaba el niño ó niña que más aplicación y conocimientos demostraba, y la de «Inspector de orden» el menos revoltoso, y no digo el más formal, porque siempre lo había sido el menos revoltoso. Desde el centro del entarimado y dejando entre sí un espacio como de un metro, partían dos vallas de madera que dividían el salón en partes iguales, ó por mejor decir en cuatro partes iguales, pues al llegar al centro, se bifurcaba la valla, hacia cerca de las paredes, formando una cruz. En el departamento, llamémosle así, primero de la derecha, reuníanse los niños de la primera clase, en el de enfrente los de segunda; en el segundo de la derecha los de tercera y en el restante, los... no sé si me atreva á decirlo, los... los... los meones ¡qué diablo! que así los llamaba don Pablo y así he de llamarlos yo, que cuando él les puso tal nombre, mil motivos tendría para ello.

Los mayores, los que ocupaban la clase primera, eran ya todos caballeretes y damiselas de seis años el que menos, que sabían que cero por cero es cero, que las partes del mundo son cinco, que los reinos de la naturaleza son tres, y otra infinidad de cosas, que mucha gente que peina canas ignora. Los de clase segunda y tercera seguían á estos en ciencia, disminuyendo hasta llegar á los meones que sabían hacer lo que su nombre indica, pedir agua, devorar mendrugos de pan, llorar unas veces, reir otras, y estar siempre colgados de las faldas de doña Isabel. Aquel departamento es el que más llamó mi atención la primera vez que visité la escuela. Me pareció aquello un inmenso nido y doña Isabel la clueca que estuviera dando calor á aquellos polluelos. Y así era, que calor maternal les daba primero, y luego calor intelectual.

Angelina, la discípula predilecta que había sido de doña Teresa y que seguía siéndolo de don Pablo y especialmente de doña Isabel, pertenecía á la primera clase y además desempeñaba casi siempre el cargo de Inspectora de clase.

Era Angelina una niña preciosísima, delgadita de cuerpo y esbelta como una ramita de nardos, del color del nardo también, su carilla de ojos inquietos y movedizos como una ardilla, frente ancha y despejada, pelo negro, abundante y rizoso y en toda su cara expresión de agudísima inteligencia y de cierta malicia impropia de su edad.

Todo seducía en Angelina, pero á los ojos de un buen observador no se hubiera escapado, que su fisonomía indicaba: inteligencia, gracejo, donaire, malicia, pero ni un solo rasgo que permitiera adivinar sentimientos dulces. La vida de Angelina estaba toda en el cerebro, el corazón latía porque la vida material lo exigía así, mas no porque el sentimiento lo ordenara.

Yo, como todos los que conocieron á la niña Angelina, sentí por ella viva simpatía, mas presencié en cierto día una escena que me la hizo repulsiva.

La escena á que me refiero, merece ser relatada por sí, y porque pinta el carácter de los personajes de esta historia.

Entré una mañana en la escuela y apenas puse el pie en el salón, hizo don Pablo sonar un timbre que sobre su mesa había y como movidos por un resorte pusiéronse en pie todos los niños.

Me recibió don Pablo al pie del entarimado, al cual subimos después; me hizo sentar á su lado y volviendo á hacer sonar el timbre, dejáronse caer los niños sobre los banquillos que les servían de asiento, tan á tiempo y con tal igualdad que me parecieron monigotillos á quienes movieran con un cordón.

Quiso el bueno del maestro que sus discípulos dieran ante mí muestras de su profundo saber y comenzó á hacer preguntas á varios, y debo decir en honor de don Pablo que aquellos niños me parecieron unos *Merlinitos*.

Felicité cordialísimamente á don Pablo, quien al oir mi felicitación puso una cara gozosísima y me dijo:

– ¡Oh! aun no conoce V. á la perlita de la casa. Va usted á ver á la octava maravilla. Angelina, – añadió dirigiéndose á la Inspectora de clase.

– ¡Presente! – respondió la niña con una voz aguda como nota de clarín, al mismo tiempo que se ponía de pie.

Fijáronse en ella las miradas de todos, sonrió la perlita de la escuela con cierto aire de superioridad y dirigiendo á todas partes sus ojos pareció que decía: Fijaos bien en mí; la Inspectora de clase va á abrir su piquito de oro y os permite que escuchéis las lindezas que va á decir.

Al escuchar á Angelina me expliqué en parte su vanidad. En aquel cuerpo de niña se encerraba el alma de un sabio. Angelina no sólo aprendía todo cuanto se la enseñaba, sino que adivinaba lo desconocido para ella. Presencié un rasgo de claridad de inteligencia que quiero relatar. Después de haberla preguntado el maestro una infinidad de cosas, la hizo salir al encerado á que practicara una multiplicación. Cuando hubo terminado, queriendo yo ver hasta dónde llegaba el maravilloso talento de aquella niña, le dije:

– Eso está muy bien, niña, has multiplicado 88 por 7 y ha dado 616, multiplica ahora 7 por 88 á ver qué producto resulta.

– Pues el mismo, – dijo la niña sin pararse á pensar.

– ¿Estás segura?

– Sí señor.

– ¿Por qué?

– Hombre, – dijo don Pablo – eso es demasiado; ¿cómo quiere V. que una niña adivine...?

– Sí señor, si ya lo sé, – interrumpió Angelina, – porque lo mismo da 88 veces 7, que 7 veces 88, es decir que el que antes era multiplicando puede ahora tomarse por multiplicador sin que el producto varíe.

Quedé asombrado al oir aquella contestación.

Don Pablo levantóse de su sillón, cogió á Angelina en sus brazos y cubriendo de besos su cara decía:

– ¡Bravo! ¡bravo! ¡Si mi Teresa te oyera!...

– y no pudo continuar; las lágrimas ahogaron su voz.

Dirigí mi vista hacia el departamento de los pequeñuelos y ví á la pasante que en silencio lloraba también.

En aquel momento entró en el salón una mujer gritando como una desaforada:

– ¿Dónde está ese tunante? ¡lo voy á matar! Don Pablo, hoy que no venga ese pillo á comer, porque...

– Pero ¿qué le pasa á V., señora? Explíquese.



ANFORA, ESMALTADA DE ENCARNADO, AZUL Y BLANCO, CON ASAS DE COLOR VERDE CLARO

– ¡Ese hijo mío, ese pillo, que me va á matar á disgustos! ¿No sabe V. lo que ha hecho? Me ha robado una peseta del cajón del mostrador. ¡Una peseta! El ladronzuelo. Déjeme V. que lo mate.



ŒNOCHOE DE VIDRIO AZUL, ESMALTADO DE AZUL Y AMARILLO

– Sosiéguese V., señora, que aquí estoy yo para imponer al niño un severo castigo. A ver, señor Fernández, venga V. acá.

El llamado señor Fernández era un niño como de unos cinco años, colorado como una amapola, gordinfloncillo que parecía un rollito de manteca, de nariz chatilla y de ojos muy grandes, y con cierto aire de bondad tal, que á primera vista se veía que pecó sin malicia. Abandonó su asiento con tal asombro pintado en su cara, que movióme á compasión y á risa al mismo tiempo.

Apenas hubo llegado el pobre niño junto á don Pablo, éste con voz que se esforzó por hacer terrorífica dijo:

– Señor Fernández, siéntese V. ahí, – y señaló el primer escalón del entarimado; – que va V. á ser juzgado.

Al oir aquellas voces el infeliz niño comenzó á hacer pucheros, hasta que por fin rompió á llorar de un modo estrepitoso.

La pasante entonces acercóse á él y enjugando sus lagrimones, le dió un beso, diciéndole:

– Vamos, hijo, tranquilízate que no será nada, – y en voz baja añadió: – Calla, tonto, que si te dejan sin comer, yo te daré de todo y hasta dulces.

Como por ensalmo se calmó el niño y comenzó el juicio.

– Vamos á ver, tú, Angelina, siéntate en mi sillón. Enrique Pérez y Sebastián Alau, sentaos uno á cada lado de Angelina, vosotros decidiréis en última instancia. El juicio va á empezar. Diga V., señor Fernández, ¿es cierto que ha tomado V. una peseta del cajón de su madre?

El niño guardó silencio.

– Dí la verdad, – le aconsejó la pasante.

– Sí señor, – contestó entonces el niño, con cierta entereza como sintiéndose protegido por doña Isabel.

– ¿Y qué has hecho de ella?

– Pues la he gastado en castañas, – dijo el niño.

– ¿Y te has comido una peseta de castañas? pues ya estás castigado, porque de torozón no te libras.

– No señor, yo no me he comido más que cinco, las otras se las he dado á los chicos.

– ¡Ah! ¡con que tienes cómplices! ¿A qué chicos se las has dado?

– A todos los que me han pedido.



TAZÓN DE VIDRIO COLOR DE ÁMBAR

– Vamos, esa generosidad te disculpa en parte, pero no creas, bribonazo, que te libra de pena. A ver vosotros, pueblo soberano, – dijo don Pablo dirigiéndose á todos sus discípulos, – ¿creéis que el señor Fernández ha hecho bien, cogiendo á su madre una peseta?

– No, no, – contestaron todos los chicos armando una gritería infernal.

– Entonces ¿creéis que se le debe imponer un castigo?

– Sí, sí.

– Ya lo oyes, el pueblo soberano te condena después de haberse comido tus castañas. Ahora vosotros, señores jueces, imponed la pena; – ¿qué dices tú? – preguntó al niño que estaba á la derecha de Angelina.

– Yo; que le dejen sin comer.

– ¿Y tú? – preguntó el maestro al de la izquierda.

– Que le den una buena tunda.

– Mucha severidad mostráis, bandidos. Y tú, Angelina, tú que eres el presidente, ¿qué opinas? Medita, que tu decisión es la irrevocable.

– Yo, – dijo Angelina con cierto tono seco, – para que no vuelva á hacerlo, opino que le dejen sin comer y que le den una buena tunda.

Al oir esto don Pablo, puso cara de vinagre, y dirigió á Angelina una severa mirada. – Está bien, – dijo; – veremos el pueblo soberano lo que dice: – Pueblo soberano, – gritó el bueno del maestro, – ¿estáis conformes con la sentencia dada por Angelina?

– Sí, sí, – gritaron á una voz todos los chicuelos.

– ¡Ah, pillos! ¿de manera que sabeis comeros las castañas y no sabéis perdonar al que os las dió? Pues todos sufriréis castigo. Hoy, en vez de concluirse la clase á las doce se concluirá á la una; y yo como Tribunal supremo, caso la sentencia de Angelina y condeno únicamente al reo á que se quede sin comer, con lo cual le hago un favor, porque ¿verdad, tunante, que ya habrán sido más de cinco, las castañas que te has comido?

– No señor, cinco nada más.

– Está bien; se levanta la sesión.

Transcurrió una media hora y don Pablo dijo:

– ¿No hay ninguno de vosotros que pida misericordia por el reo? – y al decir esto dirigió sus ojos hacia Angelina.

Esta se encontró con la mirada del maestro y volvió á otro lado la cara haciendo cierto mohín de desprecio.

Un niño pequeñín, inspirado sin duda por doña Isabel, se dirigió hacia la plataforma, andando con cierta inseguridad y balanceo que le daba una semejanza con un patito. Cogió la mano de don Pablo, y con esa encantadora media lengua de los niños, dijo:

– *Senó maesto, peldone usté al nene.*

– Pregúntale si lo volverá á hacer.

Fuése el niño hacia el reo y le dijo:

– ¿Veldad que no lo *halás* más?

– No, – dijo el reo, echándose á llorar.

– Pues no *lores* y dame un beso.

Diéronse un beso los niños, y don Pablo bajando de la plataforma, abrazó á los dos niños y con voz ahogada dijo:

– Ya estás perdonado. – Tú, hijo mío, – dijo levantando al mediador en sus brazos, – quizá no tengas el talento de Angelina, pero tienes corazón, que vale más.

Concluída la clase don Pablo reprendió severamente á Angelina por su crueldad para con el reo. Cuando la filípica concluyó, Angelina, que la había oído con cierto desdén indiferente, contestó: – Yo creo que el que la hace debe pagarla.

– Quiera el cielo, – replicó don Pablo, – que alguna vez no te acuerdes de esta frase.

II

Transcurrieron algunos años.

Por una casualidad que no hace al caso referir, supe que á los pocos meses de la escena referida antes, los padres de Angelina murieron dejándola en el mundo huérfana y pobre. Don Pablo recogió á la pobre huerfanita.

Una tarde en que el viejecillo salió de paseo con su nietecilla, como él llamaba á Angelina, al ir ésta á atravesar de una acera á otra de la Puerta del Sol, un coche se dirigía hacia ella. Don Pablo dió un grito, echó á correr como si tuviera veinte años para salvar á Angelina de ser atropellada por el coche y el atropellado fué él. Una rueda le pasó por encima de la pierna derecha. Fué llevado á la casa de socorro, y después á su casa, y aunque por el pronto sanó, pasados dos años, se fué al cielo á enseñar á los angelitos que *p a n* hacen pan. Doña Isabel siguió cuidando de Angelina, llegó ésta á mujer y se encontró á los veinte años con un título de institutriz y con una belleza soberbia.

Doña Isabel era ya muy viejecita. Muchas veces hablando consigo mismo se decía: – El bien halla siempre su recompensa. Angelina cuando yo sea más vieja me sustituirá en el colegio.

Un día oyó de boca de Angelina lo siguiente:

– Doña Isabel; yo siento mucho tener que dejar á usted, pero me ofrecen en casa de los marqueses de F. una plaza de institutriz y... si... V...

– Yo, hija mía, – dijo la pasante, – no quiero más que felicidad.

. . . .

Más años pasaron.

Angelina salió de casa de los marqueses de F. siendo la querida oficial del marqués.

Bajó el primer escalón, y luego otro y otro después.

A los diez años de haber salido de casa de doña Isabel, volvió á presentarse allí pobre, con los ojos hundidos y cansados por el vicio, vieja antes de tiempo y miserable de cuerpo y alma.

Doña Isabel la recogió con amor.

Al poco tiempo murió Angelina.

La noche de su muerte recordó á la pasante la escena del niño que robó las castañas y dijo:

– ¡Ay! si yo me hubiera contentado con ser pasante como V., pero no quise y el que la hace debe pagarla.

RICARDO REVENGA

BOTAS NUEVAS

– Pero, ¡qué pie tan diminuto!

– ¡Qué precioso!

– Parece impropio de un hombre.

– No sé porqué han de tener los hombres pies de mastodonte.

– Pero tampoco esos piececitos de dama joven.

Y todo esto y otros diálogos provocaban los pies de Andresito.

¡Qué pies aquellos!

Gracias á Cayatte, que es un profesor en el ramo.

El día fué para Andrés una serie no interrumpida de triunfos.

Le miraban codiciosas todas las muchachas, y con envidia todos los muchachos.

Entró en el café y colocó los pies sobre un velador.

Después, y en vista de que todos los concurrentes le miraban y aun alguno le llamó «imbécil,» se contentó con apoyar los pies en el asiento de una silla.

Un militar brusco él, y mal encarado él, llegó á ocupar la silla, tiró de golpe, y los preciosos pies de Andresito descansaron en el pavimento.

Hubiera llamado «bruto» al oficial, voluntariamente.

Pero se lo impidió el natural temor de mortificarle en su amor propio.

Y aun pensó, aunque de pasada, en las probabilidades de sufrir un puntapié.



TAZÓN

Tomó café, y pagó y se dispuso á salir.

¡Desengaño cruel!

Las botas lo impedían.

¿Qué es esto? – exclamó cayendo otra vez en la silla.

Para Andresito era aquel un efecto mágico.

¡Entrar tan á gusto y no poder salir!

¡Qué dolores! ¡qué angustias!

– ¡Estoy perdido! – murmuró después de otras dos intentonas para levantarse.

– ¿Se siente V. malo? – le preguntó el camarero.

– ¡Sí! – respondió – no sé qué me pasa.

– Algo de congestión cerebral, – opinó sencillamente el garçon.

– Si es en los pies.



JARRO DE VIDRIO BLANCO OPACO, RODEADO DE UNA ESPIRAL AZUL



¡RECUERDOS! cuadro de Enrique Rasch

– ¡Ah! ¿le oprimen á V. las botas?

– Eso es, – afirmó Andrés, como si le consolara sus dolores la perspicacia del camarero.

– ¿Ha estrenado V. botas?

– Sí señor.

– Yo nunca estreno por eso, – apuntó un caballero que parecía una silueta y que miraba con cierta complacencia los sufrimientos de Andresito.

– ¿Pues qué hace V.? – preguntó éste con timidez.

– Compro botas clásicas, refundidas.

Andrés probó á sacar los pies de las botas.

Imposible.

– ¿Quiere V. que tire yo? – preguntó el camarero.

– Con cuidado, por Dios, que veo las estrellas.

El oficial que estaba en la mesa del lado, replicó:

– Puede que las vea V. de cerca.

– No ha sido mi ánimo ofender á V.

– Como hablaba de estrellas y á mí, por regla general, me revientan los monos como V....

– ¡Ea! no estoy para disgustos – replicó Andresito.

A todo esto el camarero tiraba y tiraba.

Hubo un momento en que, perdido el equilibrio, Andrés vino al suelo.

Pero el camarero continuaba tirando.

Para salir del café hubo de prestarle el dueño del café unas babuchas morunas.

– ¡El moro de los dátiles! – decían unos guasones al ver al infeliz joven.

– ¡Babuchas! ¡eh! ¡venga V. acá! – llamaban otros.

– Mientras logró alquilar un coche para que le llevara á su casa, pasó la amada de Andrés.

Iba con su papá, con su mamá y con su primo.

– ¡Ay! – exclamó éste – mira á tu novio vendiendo *botitos*.

– ¡Andrés!

– ¡Laura!...

– ¿Qué significa esto? – preguntó la madre.

– ¿Qué ha de significar, inocente? – replicó el padre – que ha tomado la *tajada*.

– Hemos concluído para siempre – murmuró Laura.

Al siguiente día y en un círculo oyó hablar del estreno del día anterior y creyó que aludían al de sus botitos.

– No lo olvidaré jamás, – se aventuró á decir. – Estreno más desgraciado...

Uno de los circunstantes sacudió un bofetón á Andresito.

Era el autor del drama estrenado.

– ¡Un lance! – repetían todos.

– Después de esto – como decía el partidario de refundiciones de prendas de vestir y calzado – estrenen ustedes botitos.

EDUARDO DE PALACIO

NOTICIAS VARIAS

ACEITE DE COCO. – Un francés acaba de establecer en Baracoa (Cuba) una industria especial que parece llamada á dar buenos resultados: la de la fabricación de aceite de coco. Según el informe del cónsul de Francia en Santiago de Cuba, se ha instalado esta fábrica conl as máquinas más perfeccionadas para que produzca un aceite de toda la pureza apetecida. El aceite de coco, además de sus propiedades medicinales y de su calidad de materia primera para la fabricación de jabones, se usa como lubrificante, y también para el alumbrado. El aceite refinado de coco es más económico que otros muchos aceites vegetales y minerales, muy fluido y con dificultad se oxida y se enrancia.

***

EL RELOJ DE LA REINA VICTORIA. – Esta soberana posee un reloj astronómico, de 3 piés ingleses de altura por $10^1/_2$ pulgadas de ancho, obra del siglo XVII. La caja es de concha, incrustada de adornos de plata. En cada lado se vé un obelisco de medio relieve rematado en un águila. Su forma es cuadrangular y cuatro columnas salomónicas de cristal de Venecia sostienen el remate. En cada uno de los cuatro lados hay un cuadrante; el de delante lleva una placa giratoria de plata, y en ella se vé un calendario en el que figuran todos los días del año: va acompañado de otros dos cuadrantes, uno de los cuales marca las horas y el otro los signos del Zodíaco. La péndola representa la imágen alegórica del Tiempo. Detrás hay otros dos cuadrantes astronómicos. Sirve de remate á este objeto de arte una estatua dorada de Atlas sosteniendo el mundo.

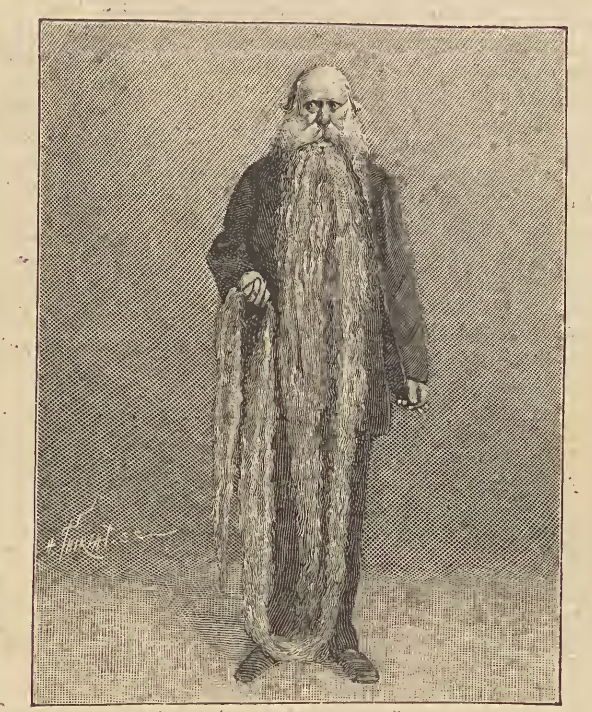


Fig. 1. – Luis Coulón de pie sosteniendo con una mano su barba que le arrastra por el suelo. *(De una fotografía.)*

UNA BARBA EXTRAORDINARIA

Tiene la naturaleza, en medio de sus inmutables leyes, caprichos raros que ora se manifiestan por repugnantes deformaciones, ora se traducen en prodigalidades que no son más que un desarrollo extraordinario de una cualidad física ó de una particularidad corporal.

Entre estas últimas bien merece figurar en primera línea la barba de Luís Coulón, hombre de sesenta y tres años, natural de Vandenesse (Nievre) actualmente establecido en Montluçon.

A los doce años hubo de afeitarse y muy pronto la navaja fué impotente contra su pelo, así es que á los catorce Coulón se encontró con una barba de 30 centímetros que á los veinte era de 1 metro y tiene en la actualidad 2'32 metros.

No han faltado naturalmente especuladores que han hecho brillantes proposiciones al *fenómeno;* uno de ellos, lord William, le ofreció 10 000 francos por una *tournée*, pero Coulón se ha negado siempre á dejarse exhibir.

De las dos fotografías que reproducimos, la primera nos presenta á Coulón (cuya estatura es de 1'59 metros) de pie sosteniendo con el brazo su barba á la manera que los patricios romanos su toga; la segunda nos lo reproduce con la barba arrollada dos veces al cuello, que es como la lleva cuando se viste, por decirlo así, de gala.



Fig. 2. – Cabeza de Luis Coulón con la barba arrollada dos veces alrededor del cuello. *(De una fotografía.)*

De todas las barbas desmesuradas que como curiosidades antropológicas hemos visto descritas en varias ocasiones, ninguna ha alcanzado las proporciones de la de Coulón, por lo que está más que justificado el título con que encabezamos estos apuntes.

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN